DT 06 7

En el repertorio, casi podemos hablar solo de tres grandes conciertos para violín, el de Beethoven, el de Mendelssohn y el de Tchaikovsky. En la historia del concierto en general, además, se salta directamente de Beethoven a Mendelssohn, porque Schubert no escribió ninguno y los llamados conciertos de virtuoso de la época no tienen mayor interés. No hay muchas obras que merezcan más que el concierto para violín de Mendelssohn, su firme y popular puesto en el repertorio.

Dentro de una forma muy clara y definida, sus temas son frescos, variados y muy bellos, tanto en las partes de violín como en las de orquesta, que están perfectamente equilibradas. Y la orquestación tiene esa belleza propia del toque mágico de Mendelssohn y de su perfecto entendimiento de la orquesta. Precisamente, uno de los encantos de este concierto, como de casi toda la música de Mendelssohn, está en la apariencia de una forma clásica que encuadra un canto romántico.

Hay pocas melodías más bellas que las de este concierto y casi ninguna más memorable que el primer tema de este primer movimiento que estamos oyendo. Es, además, una apariencia engañosa. Como en todas las grandes obras, la forma es adecuada al fondo.

Y por sorprendente que esto nos suene hoy, el concierto para violín de Mendelssohn es una obra revolucionaria que acaba con el concepto de concierto clásico. Como, además de ser una obra muy popular, es el concierto perfecto, todos los grandes violinistas han interpretado y grabado el concierto para violín en Mi menor, op. 64 de Mendelssohn.

La grabación histórica de referencia es la de Menuhin con Furtwängler, recientemente reeditada por EMI también en disco compacto. Grandes e históricas son, asimismo, las de Heifetz con Münch y la que estamos oyendo de Francescatti con Zell. Entre las buenas versiones modernas del concierto para violín de Mendelssohn, que desde no hace mucho conocemos como número 2, merecen destacarse la de Milstein con Abado, la de Pellmann con Heitinger y la de Csundre con Ditoix.

de Mendelssohn, la de Pellmann con Heitinger, la de Csundre con Ditoix y la de Csundre con Ditoix.